

No nos avergoncéis Beatriz Talegón

La joven
socialista que
apuesta por
regenerar la
política



DESTINO

Beatriz Talegón

No nos avergoncéis

La joven socialista que apuesta
por regenerar la política

Ediciones Destino Colección Imago Mundi Volumen 255

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción | 11 |
| Relato de una generación nacida en democracia | |
| El pasado es el camino que nos conduce al presente . . . | 17 |
| ¿Y ahora qué? | |
| El presente es el lugar de partida para alcanzar nuestros objetivos. | 133 |
| Algunos pasos esenciales para conseguir el cambio que necesitamos | |
| El futuro depende de nosotros | 149 |

Me lo contaron y lo olvidé. Lo vi y lo entendí. Lo hice y lo aprendí.

CONFUCIO

Nacimos en democracia, y estrenamos derechos y libertades. Bebimos de la justicia sin ser conscientes de la sed que de ella había antes de que nosotros llegásemos. Nos vistieron de tolerancia y respeto, y crecimos haciendo nuestros los valores que florecían en la primavera de nuestro país, después de un largo invierno. No nos dábamos cuenta de que vivíamos una realidad de colores recién nacidos; no sabíamos que las calles que pisábamos poco antes habían sido en blanco y negro. De hecho, todavía se pintaban de esos colores rincones ajenos a nosotros, aún por descubrir.

Crecimos a la sombra de los deseos incumplidos de nuestros padres, encarnando los hitos de nuestros abuelos. No fuimos del todo conscientes de esto hasta que empezamos a conocernos a nosotros mismos.

Ahora que tenemos sed de saber, comenzamos a romper un silencio forzado, pero pacificador. El pasado nos ha enseñado que no hay puerta mejor cerrada que la que puede quedar abierta. Hay ecuaciones que no somos capaces de resolver a pesar de haber estudiado con ahínco. Son incógnitas que nos animan a pensar que tenemos un importante papel en el resultado. La intuición nos señala que las cuentas no tendrán fin, que el camino consiste en seguir sumando, porque en este país ya se ha restado demasiado durante mucho tiempo.

Despertamos ante una realidad que no responde a lo que nos aseguraron. Educados en el bienestar, no aprendimos a

reaccionar ante las carencias, porque nunca nos faltó nada. Disfrutamos de los derechos de una ciudadanía recién estrenada, de libertades recibidas como herencia a beneficio de inventario, forjadas gracias a quienes solamente tuvieron deberes.

Ha llegado el momento de equilibrar la balanza en todos los ámbitos: el de la responsabilidad individual y el de la colectiva, el de la recién llegada juventud y el de la experimentada historia vivida. En definitiva, es necesario asegurar la asunción de las obligaciones cívicas para garantizar las libertades que hemos disfrutado, indispensables para avanzar y desarrollar los derechos humanos por encima de todo. Estamos ante un paso ineludible para seguir adelante, y tendremos que darlo unidos, rápidamente y con valentía, porque los hechos nos empujan hacia atrás, y no podemos permitirnos perder lo que tantos años costó alcanzar.

No podremos cambiar el sentido del viento, pero sí el rumbo de nuestro barco.

No hay nada más bello que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí...

JOAN MANUEL SERRAT

Muchos amaneceres han transcurrido desde que el artículo 13 de la Constitución española de Cádiz, *la Pepa*, estableciera que «el objeto del Gobierno es la felicidad de la nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen».

Desde entonces se han sucedido guerras, hambrunas e injusticias que poco o nada han contribuido a conseguir ese objeto de Gobierno. Ajustes y desajustes revanchistas entre esas «dos Españas» a las que tanto se ha hecho referencia en nuestra historia. Un recorrido de luces y sombras que Goya representó en su lienzo metafórico con esos campesinos con las piernas hundidas en el barro que se afanan con sus garrotes sin más objetivo que destrozarse mutuamente.

Mucho ha llovido desde la primera Constitución democrática, la de 1931, sancionada durante la Segunda República. Un reflejo de los anhelos de una sociedad abierta, tolerante y valiente. Vanguardia de la cultura, bandera tricolor de respeto y libertad. Sus artículos reflejaban la realidad de un país cansado de garrotazos; diseñaban la arquitectura de una construcción dirigida al futuro, con los pies en el suelo y el corazón alineado con las ideas y apuntando hacia el cielo. Dos eran los puntos más controvertidos: la organización territorial del Estado y las relaciones entre éste y la religión.

A pesar del tiempo transcurrido, los problemas que enfrentamos hoy se asemejan mucho a los planteados entonces,

e incluso puede decirse que en la actualidad hemos retrocedido bastante en algunos ámbitos, en comparación con lo que se proclamó hace más de ochenta años.

El progreso duró poco, y las huellas de los pasos avanzados fueron borradas por una guerra civil seguida de cuarenta años de gris dictadura. De un golpe se terminó con la democracia, con la igualdad entre hombres y mujeres, con la libertad de pensamiento y expresión... Se paralizó el tiempo y, con él, las vidas e ilusiones de quienes habían creído en la posibilidad de un progreso general. El silencio se impuso al debate; la oscuridad, a la luz. Las persianas se bajaron y se cerraron las puertas para que el frío no entrase a acompañar al hambre. Una sola verdad, una sola canción, una sola mentira —y grande— pero no libre.

Los que crecieron en esa época son nuestros abuelos y abuelas. Aprendieron a sobrevivir al odio sectario, con miedo, a llorar sus recuerdos con discreción y, sobre todo, a no preguntar. Tuvieron que tomar decisiones que en muchos casos ni siquiera entendían, como actores secundarios de una función en la que habrían preferido no participar. Conformaron un pueblo que se vio sorprendido por una guerra, castigado con la hambruna y el analfabetismo; una guerra entre hermanos que no entendían las razones por las que debían odiarse y que hicieron de cualquier ajuste de cuentas banal un *casus belli*. Una sociedad dividida entre vencedores y vencidos forzados a convivir bajo un único acuerdo: el del silencio. Bálsamo para la conciencia de los ganadores, sello cruel en la boca de los dolidos.

Y así, en esa gama de grises pasaron cuarenta años, hasta que cayó el dictador. Y nuestros padres andaban distraídos, pero con ganas. Supieron que era el momento de actuar, con valentía, sin tiempo que perder. Jóvenes inexpertos que miraban hacia atrás y encontraban la obediencia, el silencio, el miedo y la represión. Y hallaron su propia fuerza en la debilidad del sistema. Era el momento de la democracia. Era el momento de poner en marcha las lecciones aprendidas entre bambalinas y susurros.

Así se encontraron ante un presente efímero; entre un pasado cerrado y un futuro inminente.

A fines de la década de los setenta, la juventud española tuvo que madrugar tras cuarenta años de insomnio, improvisar, enfrentarse a sus padres y apostar todo para dar una lección a la historia de su país. Sin tener apenas idea, entre todos lograron hacer realidad el sueño de una nación dormida durante siglos. Se plantearon grandes retos, y ninguna empresa les parecía imposible: democracia, libertad, justicia. Esos enormes ideales encontraron sus cimientos en la unidad del pueblo, pues las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran por completo.

En la actualidad se oyen voces críticas acerca de lo que se pudo o debió hacer mejor. Pero lo importante es que, si hoy podemos escuchar estas voces, es gracias a lo que se afrontó entonces. Porque, desde aquel momento, por fin hay voces. A veces es demasiado fácil acostumbrarse y considerar normal lo cotidiano, sin advertir que puede tratarse del bien máspreciado y el que más necesita ser cuidado.

La transición española fue posible por la movilización ciudadana, por la voluntad política y por una imperiosa necesidad: se sabía de la inminencia de un cambio hacia una democracia que llevaba cuarenta años implantándose en Europa y que a España, como casi todo, llegaba tarde.

En ese momento fue unánime la convicción de que la vía institucional de los partidos políticos debía ser el camino para articular la reforma. Los movimientos sociales se comprometieron en la acción política, establecieron objetivos comunes y unieron sus fuerzas para construir un Estado democrático y de derecho. La iniciativa social no resurgiría hasta mediados de los ochenta.

Dicen quienes participaron activamente en ese momento histórico que había sentimientos encontrados: la ilusión y la alegría eran contrarrestadas por grandes dosis de miedo y desconfianza. Las primeras elecciones se vivieron con la sensación de estar ante un espejismo y con la firme convicción de

que quedaba mucho trabajo por delante para fijar con firmeza los pilares de la realidad democrática. Pero, a pesar de todas las dudas, algo estaba claro: desde ese momento se iba a mirar siempre hacia delante.

Poco después de esas primeras elecciones, se elaboró la Constitución española. Ésta fue un ejercicio de responsabilidad y rigor por parte de quienes sabían que tenían entre manos el eje central de un nuevo sistema que iba a cambiar la vida de millones de ciudadanos. A diferencia de la anterior Constitución democrática, la de 1931, esta vez la ciudadanía española se dio cita para refrendar su norma suprema —el 6 de diciembre de 1978—, que vio la luz respaldada con un 88 por ciento de los votos.

En la escuela prácticamente no estudiamos la transición española. Cada año comenzábamos por la escritura cuneiforme, los hallazgos de Atapuerca, la lista de los reyes godos... y cuando ya olía a verano, llegábamos a la guerra civil española y todo lo demás se dejaba o se limitaba a una lectura muy superficial. No hubo tiempo en nuestros horarios multicolores para leer la Constitución ni la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Ni siquiera supimos que también existían los derechos universales de la infancia. Eso sí, nos aprendimos muy bien la tabla de las valencias, las eras geológicas y el nombre de las carabelas, a través de textos colonialistas que nos hablaban de cuando «Colón descubrió América».

En la escuela no aprendimos a resolver conflictos ni el significado de la palabra «empatía». Nadie nos habló de la inteligencia emocional, del lenguaje no verbal. De la importancia de aprender a ser feliz. El movimiento rectilíneo uniformemente acelerado de nuestra educación sistemática no dejaba tiempo para apearse del tren y hablar de lo que nos hace humanos, de lo que nos hace grandes.

Nos pusieron en una línea de salida y empezaron a calificarlos con números: del más listo al más tonto. Así, con ese descaro. Sí, de manera constante nos enseñaron a competir para tener más nota que el compañero de al lado. Y eso que

en los juegos lo importante, decían, era participar. Crecimos bajo el yugo de sentir que «tu éxito es mi fracaso», como bien dice el experto en influencia social Rubén Turienzo. Forzados a competir, sólo vislumbramos dos opciones: esforzarnos por ser los mejores o que los demás fueran peores. Los valores se dejaron a gusto del consumidor y, en muchos casos, quedaron en un plano secundario.

Nuestro sistema educativo cambia a golpe de victoria electoral. Qué bien nos vendría que se hicieran algunos pactos para el medio y el largo plazo que garantizaran una evolución en algo tan fundamental para el desarrollo de una sociedad como la educación de su ciudadanía. Normas que aseguraran de una vez por todas la educación pública, universal y de excelencia. Como ejemplo, el nuestro, una generación que ha sido mareada por siglas cambiantes: EGB, LOGSE, ESO... tan distante de los logros de sistemas educativos como el finlandés...

Además de contar con la legislación adecuada, es fundamental que la educación esté en manos de un profesorado respaldado, cuya imprescindible tarea goce del reconocimiento público, con apoyo institucional para establecer las bases de una sociedad tolerante, respetuosa y, sobre todo, educada en valores de cooperación y no de competencia.

Necesitamos una educación centrada en el desarrollo de los valores de los alumnos, que potencie sus virtudes y los ayude a superar sus limitaciones. Una educación en sentido amplio, porque la escuela es el lugar de la socialización inicial, donde comienzan a aprenderse las normas de convivencia, de respeto, de justicia y libertad. Una escuela pública cuyas enseñanzas se basen en criterios democráticos, porque éstos son los que deberán acompañar a los ciudadanos durante su vida. Una educación, en definitiva, para la ciudadanía: con sus derechos y sus deberes. Si en la escuela no se inculca el valor del compromiso, del cuidado del entorno —en sentido ecológico y humanístico—, se pierde una oportunidad de valor incalculable. Ya lo dijo Quevedo: «Lo que en la juventud se aprende, toda la vida dura».

La mayor dificultad a la que nos enfrentamos cada día es la de gestionar las emociones, y éste es precisamente un punto débil de nuestro sistema educativo. Las clases se imparten desde un púlpito. Desde éste se lanzan mensajes que, se comprendan o no, deben aprenderse para recibir una calificación. Poco o nada importa crear un espíritu crítico que permita defender puntos de vista a partir del respeto y la tolerancia argumentativa. Después nos alarmamos, cuando se hace evidente que no sabemos escucharnos, cuando sentimos voces que solamente se esfuerzan por ser las más altas, sin preocuparse por tener razón.

Un modelo de educación como éste, basado en la igualdad de oportunidades, en el valor de la democracia, en la tolerancia y el respeto, sólo puede ser laico. La religión ha de quedar en la esfera del individuo, en el ámbito de las decisiones libres y personales de cada uno. La escuela debe inspirar valores universales, basados en los derechos humanos y, de forma más específica, en los derechos fundamentales establecidos en nuestra Constitución, sin más límites que los de la sana convivencia en una sociedad global y multicultural.

Pasando de miedos, pasando de credos, pasándolo bien.

JOAQUÍN SABINA, JAVIER KRAHE
y ALBERTO PÉREZ, *La mandrágora*

La década de los ochenta aterrizó en una España de democracia recién estrenada. Fue el momento de experimentar, de libertad, de máxima apertura: color, luz, ruido, sensaciones desconocidas. Fue la época en que, en palabras del director de cine Pedro Almodóvar, «de pronto la gente pierde el miedo a la policía, a los vecinos, a la propia familia, al ridículo y a uno mismo».

Mientras la juventud accedía a una cultura repleta de posibilidades sin más límites que los que la crisis económica del momento marcaba, la realidad social y política iba trazando la hoja de ruta del proyecto de un país con muchas tareas pendientes para ponerse al día en Europa.

En la primavera de 1980 el PSOE planteó una moción de censura a Adolfo Suárez, presidente del Gobierno desde las primeras elecciones democráticas. En un mensaje retransmitido por radio y televisión, Felipe González se puso en primera línea y mostró a la ciudadanía cuán diferente podía llegar a ser España con un Gobierno socialista que plantase cara al desempleo, a la crisis económica y al panorama internacional. En el debate abierto a raíz de la moción de censura, Suárez quedó visiblemente debilitado y meses más tarde, en enero de 1981, presentó su dimisión.

La alarma social era inevitable, pues la democracia no era lo suficientemente fuerte para garantizar que un Gobierno débil saliera al paso de esta situación. Ante el clima de inseguri-

dad, el 23 de febrero hubo un intento de golpe de Estado. A nuestros padres aún no se les ha quitado el susto del cuerpo. En ese momento quedó muy claro, por encima de todo, que la democracia valía casi tanto como el aire para respirar. Además, el rey Juan Carlos de Borbón se ganó el respeto de la ciudadanía española. Demostró ser un jefe de Estado en toda regla, pues, aunque tuvo la oportunidad de poner a España a sus pies, apostó por la democracia. En ese momento de apertura, de progresismo veloz, la monarquía zozobraba, pero la gestión del monarca ante el intento de golpe de Estado lo confirmó en el trono por reconocimiento popular.

Desde entonces, muchos se consideran republicanos pero «juancarlistas». A la vista está que la ciudadanía española le ha agradecido al monarca su papel, pues hasta se han llegado a justificar actitudes de Juan Carlos contrarias a lo que nuestra sociedad tiene por legítimo y democrático. Sin embargo, esta consideración con el Rey no debería perpetuarse en la línea hereditaria. La democracia ya está bastante consolidada para dar el paso siguiente, el de la República. La sociedad española ha madurado y puede entender que es hora de contar con un jefe de Estado elegido de forma democrática, que deba rendir cuentas al pueblo y someterse a la ley respetando el principio de igualdad. La presunta corrupción protagonizada por la familia real, las cacerías de elefantes de nuestro jefe de Estado, el derroche de dinero público en lujos insultantes en tiempos de la mayor crisis vivida en este país colman la paciencia de los ciudadanos que pagan sus impuestos y se someten al imperio de la ley. Quedan algunos rincones por pintar de colores democráticos, pequeños pero importantes recovecos que siguen inmersos en la gama de grises. Su carácter temporal ha permitido que hasta ahora hayan sido consentidos, pero su fin debe llegar. Se vuelve a escuchar el susurro de Llach, que cobra fuerza y dice aquello de: *«Si estirem tots, ella caurà i molt de temps no pot durar. Segur que tomba, tomba, tomba, ben corcada deu ser ja. Si jo l'estiro fort per aquí i tu l'estires fort per allà, segur que tomba, tomba, tomba, i ens podrem alliberar»*.

Fueron muchos los que con buen tino fueron llenando de color la realidad que los más pequeños veíamos a través de *La bola de cristal*, mientras aprendíamos aquello de «¡Viva el mal, viva el capital!».

Bandos como el que «el viejo profesor», Enrique Tierno Galván, escribió al pueblo de Madrid el 1 de diciembre de 1981 muestran la realidad social y la voluntad política de aquel momento: «Hoy, sometidos al imperio de la ley, sembrando la semilla del progreso, los españoles avanzan por la senda de la Constitución hacia el merecimiento pleno de la dicha condición de ilustrados, buenos y benéficos».

Sonaba en la radio una canción desenfadada, *Bailando*, de Alaska y los Pegamoides. Símbolo de que, tras el susto del «¡se sienten, coño!», la sociedad española movía la pierna, movía el pie, movía la tibia y el peroné; tenía el cuerpo muy mal, pero una gran vida social.

El Partido Socialista Obrero Español ganó con mayoría absoluta las elecciones del 28 de octubre de 1982, que tuvieron una participación masiva, de casi el 80 por ciento del censo electoral.

El PSOE había sufrido una enorme transformación durante los años anteriores. Había pasado de contar con unos 10.000 afiliados en 1976 a 100.000 en apenas tres años, y tuvo que hacer frente a grandes retos internos. En el Congreso celebrado en 1979, cambió la línea ideológica del partido, que se separó de las tesis marxistas. Se creó entonces una división interna que perdura hasta la actualidad. La sección de la izquierda socialista nunca perdonó a la dirección, encabezada por el tándem González-Guerra, el abandono de los postulados ideológicos y la moderación de sus posicionamientos. Tras la derrota electoral de 1979, la dirigencia cambió el rumbo del barco hacia el centro para hacerse con el Gobierno en la siguiente oportunidad.

El sector denominado por algunos como «radical» alertó ya en ese momento de los peligros de la institucionalización, del electoralismo y del personalismo, que nada tenían que ver

con un partido fundamentado en sus bases, esto es, un partido de militantes. Se denunció la renuncia a las señas de identidad propias para acercarse a la mayoría de una sociedad indecisa; se advirtió de los peligros a largo plazo de centrar la acción política en el ámbito institucional en detrimento de la acción social —razón de ser del Partido Socialista— y los riesgos para la democracia interna derivados de exaltar a un único líder y de tomar las decisiones de arriba hacia abajo.

Sabias palabras las del catedrático de Ciencias Políticas y de la Administración de la UNED Ramón Cotarelo en su blog Palinuro:

En la izquierda somos leales a las ideas, no a las personas. Distinguimos la militancia, el activismo, de la servidumbre. La dignidad de la persona se orienta hacia la lealtad a los ideales y los principios, por los cuales hasta la vida puede darse; no tiene nada que ver con la supeditación a los caprichos y humoradas de un jefe, por muy jefe que sea y muy democrática y convincentemente elegido que haya sido.

Comenzó así la nueva etapa del Partido Socialista, con su inmersión en la llamada «tercera vía», caracterizada por la defensa de una economía mixta y el posicionamiento en el centro-izquierda. Fue el comienzo del viaje hacia el centro del principal partido de la izquierda española. Efectivamente, el mensaje de la campaña electoral, «Por el cambio», era sincero, tanto para el partido como para la sociedad española.

El Gobierno debió afrontar grandes retos, pero, sin duda, el fundamental fue el de fijar la democracia sin fisuras ante una crisis económica que se arrastraba desde mediados de los setenta. A ello se añadía la necesidad de consolidación del Estado de bienestar y de reestructurar un ejército aún franquista. Además, otro problema tenía a la sociedad española sumida en el miedo y la inseguridad: el terrorismo de ETA.

Múltiples fueron los cambios que se realizaron en poco tiempo. Entre ellos, la reconversión de la estructura económi-

ca, la consolidación de la educación y la sanidad públicas y universales, así como de las garantías sociales. Los avances en derechos y libertades fueron asimilados con naturalidad por la ciudadanía y permitieron la entrada en la Europa de las oportunidades, lo que le sirvió a España no sólo para modernizarse, sino también para respirar y superar la crisis económica.

Cuatro legislaturas de progreso cambiaron radicalmente al país, pues le hicieron recorrer un camino que otros habían tardado cuatro décadas en realizar. Fue un Gobierno de innegables éxitos y de graves errores, cuyo precio se paga aún hoy.

El referendo sobre la permanencia en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en marzo de 1986 fue uno de los primeros fracasos, pues precisamente el PSOE, antes de llegar al Gobierno, había hecho campaña con el lema «OTAN, de entrada, NO». Con el giro en esta cuestión se ganó la desconfianza de muchos «cuervos ingenuos» que no fumarían la pipa de la paz con González y provocó un nuevo conflicto interno con los miembros de la izquierda socialista, quienes se enfrentaron a la dirección del partido e hicieron campaña por el voto negativo.

Durante esa primera legislatura, también se aprobó la reforma educativa que estableció la educación pública, universal y obligatoria hasta los 16 años, y se despenalizó parcialmente el aborto. Los que no levantábamos un metro del suelo por entonces estábamos muy pendientes de Espinete, Don Pimpón y los Electroduendes; e íbamos a estrenar la nueva ley sin darnos cuenta del avance social que suponía.

Se estaba gestando una lucha de gigantes. Antonio Vega pintó una situación donde aparecen fantasmas, monstruos de papel, mundos descomunales en contraste con la fragilidad de quien no sabe contra quién pelea. El aire se convirtió en gas natural, y con cualquier chispa todo podía saltar por los aires.

Medidas como la flexibilidad del despido y el Plan de Empleo Juvenil, aprobado por el Gobierno en el Consejo de Mi-

nistros del 28 de octubre, fueron el detonante. En diciembre de 1988 se convocó una huelga de carácter general, que supuso la ruptura entre el sindicato histórico que fundara Pablo Iglesias, la Unión General de Trabajadores, y el Partido Socialista. La propia Radio-Televisión Española —única cadena de radio y televisión en el momento— secundó la huelga, con su famosa «cuenta atrás» en los relojes internos, que dio lugar a un apagón a partir de las doce de la noche del 13 de diciembre, día en que se celebraba el cuadragésimo aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos.

Además del rechazo al Plan de Empleo Juvenil, la huelga se convocó para reivindicar la subida de las pensiones y de los salarios de los funcionarios. El PSOE contaba con mayoría absoluta en el Congreso, por lo que podría haber continuado su camino desoyendo a la ciudadanía, pero descartó el Plan de Empleo Juvenil y en marzo de 1989 aprobó la Ley de Medidas Adicionales de Gasto Social que establecía el aumento de las pensiones y de los salarios del funcionariado. La huelga sirvió para hacer reaccionar a un Gobierno dispuesto a escuchar.

Y en ese momento lo que se escuchaba por todas partes era una canción cantada por una chica pequeña de pelo corto, acompañada por dos chicos. Mecano hablaba de un amor oculto, disfrazado de amistad, ajeno a la opinión de los demás. Los más pequeños cantábamos sin entender bien la letra, pero nos la aprendimos de memoria. Éramos un poco mayores que cuando entonábamos aquello de «a quien le importa lo que yo haga, a quien le importa lo que yo diga, yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré». Nos disfrazábamos de Alaska y de Ana Torroja en las fiestas de Carnaval de la escuela y cantábamos esas canciones. Masticábamos esas ideas con sabor a Sugus y a Tang, y ahora forman parte de los valores de muchos.

Radio 3 hizo un concierto especial, en el que se dieron cita Radio Futura y El Último de la Fila, que se unieron para montar Los Peatones. Apenas lo recordaríamos si no fuera porque

allí sonó *Insurrección*, que fue casi un himno para muchos, con un ritmo desenfadado y una letra que luego se ha cantado en los mejores momentos: «Me siento hoy como un halcón herido por las flechas de la incertidumbre... Pequeñas tretas para continuar en la brecha... Me siento hoy como un halcón llamado a las filas de la insurrección».

Llegó el verano, con deberes y cuadernillos de vacaciones Santillana, sumas, restas, zumos de naranja, Calipos al ritmo de The Refrescos, con aquello de «Escucha, Leguina: podéis tener movida (¡hace tiempo), movida promovida por el Ayuntamiento. Podéis rogar a Tierno, a Barranco o al que haya, pero al llegar agosto, vaya, vaya, ¡aquí no hay playa!». Así aprendimos, a base de preguntar a nuestros padres, polo en mano y flotador en la cintura, quiénes eran esos señores de los que hablaba la canción. Si preguntábamos, se nos cortaba el rollo con el consabido argumento: «¿Has terminado los deberes? Pues venga, acábate el helado y ponte con la tabla del 3».

Al acabar el verano, la Audiencia Nacional condenó al subcomisario Amedo y al inspector de policía Domínguez por sus implicaciones en el asunto de los Grupos Antiterroristas de Liberación (el caso GAL).

De vez en cuando hacíamos nuestras prácticas de lectura con alguna página de periódico, silabeando y tratando de descifrar a trompicones los galimatías de esas páginas tan difíciles de manejar. Lo de los GAL por entonces nos sonaba más al jabón que había en el baño que a otra cosa. Y por supuesto los padres no estaban preparados para contestar, porque seguían con estupefacción las noticias en la tele y no daban crédito a lo que sucedía.

Ahora nos ponemos a estudiar, a leer, a comparar fechas, nombres y datos, ayudados por documentales y películas. Y, a pesar de acceder a mucha más información de la que antes se tenía, quedan muchos cabos sueltos en lo relativo a esa trama tan macabra en la que parecía estar implicado «hasta el apuntador». Ya lo dijo el presidente del Gobierno en aquel momento: «Ni hay pruebas ni las habrá». Cuando leemos esta

frase ahora, se nos pone la piel de gallina, es una reacción casi espontánea.

Ésta no es una cuestión baladí que se pueda simplificar. Pero, si tuviéramos que contarle a alguien de qué iban los GAL, desde el punto de vista de quienes en aquel momento pensábamos que era una marca de jabón, podríamos decir que el Gobierno debía hacer frente a una banda terrorista que cada vez asfixiaba más a la democracia recién creada. Y con esa tendencia a las soluciones «chapuceras» que a veces nos caracteriza, algunos decidieron crear otro grupo paralelo para cazar terroristas. Por supuesto, todo esto al margen de cualquier tipo de legalidad, saltándose a la torera las leyes que sustentaban el Estado democrático de derecho.

Miembros de la policía, políticos, y distintos colaboradores perpetraron asesinatos y secuestros, y en muchos casos se llevaron por delante a gente que ni siquiera tenía nada que ver con la banda terrorista ETA. Se podría decir que crearon otro grupo terrorista, con la diferencia de que éste contaba con el conocimiento de miembros del Gobierno y con una financiación de muy dudosa procedencia. En ese momento había una puerta giratoria por la que un juez pasó de los tribunales a la política. El juez Baltasar Garzón investigó con firmeza este caso de corrupción de Estado. Sí, el mismo juez que luego sería inhabilitado precisamente por iniciar la investigación del caso de corrupción que asuela al Gobierno popular (el caso Gürtel). Éste es otro dato interesante para pensar sobre cómo funciona la justicia en nuestro país, y es algo que acaba de suceder. Este país se permite «el lujo» de prescindir de sus jueces. No creo que se deba a que la justicia esté a la orden del día y le sobren profesionales.

Cuando se miran fechas, datos y decisiones políticas, hay muchas cosas sorprendentes. Como, por ejemplo, que el Partido Popular, que en aquel momento utilizó este asunto para hacer una oposición feroz, al llegar al Gobierno decidiera dar algún sospechoso carpetazo para obstaculizar la investigación de esos hechos. Cuando José María Aznar llegó al Go-

bierno en 1996, los jueces reclamaron documentación al CESID para poder continuar con la investigación del caso GAL, pero la Presidencia del Gobierno negó esa información con el argumento de que pondría en riesgo la seguridad del Estado. Interesante, cuanto menos, el giro que dio el Partido Popular en tan sólo unos meses, tras su llegada al poder.

Dos años después, en 1998, José Barrionuevo —ministro de Interior de 1982 a 1988— y Rafael Vera —secretario de Estado de 1986 a 1994— fueron condenados a prisión por el secuestro de Segundo Marey, una de las tantas aberrantes actuaciones de los GAL.

Después vinieron suspensiones parciales de condena, indultos y un largo etcétera de verdades a medias y secretos de Estado que sirvieron para derrocar a un Gobierno y poner el poder en bandeja a quien haría de la crispación continua su herramienta política durante ocho años.

En 2007, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos reconoció que Vera había sido juzgado de manera «parcial». Con el tiempo, la información sigue goteando, de manera que resulta entretenido intentar conformar un plano general de lo que significó este asunto, que debilitó de manera flagrante nuestro Estado de derecho.

No se trata únicamente de quién perdió el Gobierno o quién lo ganó. Se trata de que, cuando hay corrupción y no se cumplen las normas, quien pierde es la ciudadanía; perdemos todos.